

x-rite

colorchecker CLASSIC

A-1342(3)

BIBLIOTECA DE EL SALDUBENSE.

UNA BODA ESCRITA EN EL CIELO

NOVELA DE J. JANIN.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

J. M.

ZARAGOZA.

IMP. Y LIB. DE V. ANDRES, CUCHILLERIA, 42.

1859.

100mm

M.C.D. 2022



M.C.D. 2022

BIBLIOTECA

DE

SALUDUBENSIS

NOVELLAS

A

1.342

M.C.D. 2022



Agustin Paraiso.

A-1.342

T 21942

C 11416344

Arca pta



A-1342(3)

BIBLIOTECA DE EL SALDUBENSE.

UNA BODA ESCRITA EN EL CIELO

NOVELA DE J. JANIN.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

J. M.

ZARAGOZA.

IMP. Y LIB. DE V. ANDRES, CUCHILLERIA, 42.

1859.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY



UNA BODA ESCRITA EN EL CIELO.

No sé quien fué el primero que tuvo la feliz ocurrencia de decir que las bodas están escritas en el cielo: y como despues de aquel lo han repetido muchos, y tras de estos muchos, otros muchos mas, la frasecita pasó á la categoría de refran; refran piadoso y tierno, que seria una impiedad y una dureza querer alterar, mucho menos desmentir. Es verdad que cuando de boda se trata, hay que contar tambien, y de antemano, con el notario, con el papá suegro, con el cura, etc.; pero esto no obsta para que el refran sea verdadero.

Dicen algunos que la *Casualidad* era una señora gran casamentera; mas yo creo que dicha señora se va volviendo vieja, que ha echado ya su última mano, y que hace largos años que no está en el ejercicio de las citadas funciones. La llaman diosa todavía por costumbre de decirlo, así como llaman *nuestra magestad* por política á esos personajes que han reinado algun tiempo ó pretendido reinar en alguna parte.

Pero, á decir verdad, no hay que fiar gran cosa en la

Casualidad: es una divinidad muy caprichosa y antojadiza, con sus puntas y ribetes de corta de vista, para que pueda, hoy por hoy, arreglar, á satisfaccion y gusto de las partes contratantes, el negocio que aun se llama matrimonio. ¿Y quién seria, en la actualidad, el guapo que se encargára de casar á Venecia con el gran Turco, cuando ni el mismo dux conseguiria que le aceptára la mar, su bella novia?

De todo lo cual se deduce una triste consecuencia: ya no hay bodas escritas en el cielo: el casamiento es un contrato de compra y venta, un contrato aleatorio: acabáronse el amor, la pasion y todos aquellos ímpetus y arranques que lanzaban á los amantes hasta el pié del altar.

¿Y habrá géntes que aspiren todavía á que su boda sea de las *escritas en el cielo*, en un siglo en que las opiniones mas tenaces y las mas arraigadas preocupaciones desaparecen y van á un lado con la misma facilidad en indiferencia con que arroja á derecha é izquierda el sepulturero los huesos de las generaciones que pasaron, cuando desea abrir una huesa...?

¡Un casamiento! Por vida mia que no prepara un viejo y entendido general con mas cuidado todo lo necesario para una batalla decisiva.

Los novios antes de unirse han pasado mucho tiempo en observarse: han hecho y repetido marchas y contramarchas al rededor de la ciudadela *Himeneo*: han enviado con frecuencia á descubrir terreno avanzadas y avanzadillas: se han armado mutuamente sendas emboscadas: han hecho alto repetidas veces: del un campamento al otro han venido parlamentos: hánse dado rehenes: han estipulado las indemnizaciones de daños y perjuicios: y por fin, al son de cajas y clarines, han entrado por la brecha hasta el centro de la susodicha ciudadela; como se cuenta que entraba Ri-

cheliou en las plazas que conquistaba. ¡Cuántas penalidades han sufrido entrambos ejércitos antes de cantar el *Te-Deum* de la boda! ¡Y cuánto ingenio han tenido que desplegar en todas estas evoluciones...!

La niña—ejército á la defensiva— ¡cuánta música al piano, cuántas gracias virginales, cuántos vestidos blancos, cuántos dibujos á la sepia! ¡Cuántos y cuán dolorosos esfuerzos para tenerse y mantenerse *comme il faut*, y para dejar adivinar todas las prendas que adornan su alma hermosa...!

El jóven—ejército invasor— ¡ay de mí! cuántos trabajos para hacerse rico en poco tiempo! ¡Cuánta atencion y cuidado para que sus doctrinas aparezcan puras! ¡Cuántos fraques estrenados! ¡Cuántas privaciones ha tenido que imponerse...! ¡Adios, bailes, juegos, comedias y tabaco.... amen del trabajo de zapa para llegar al bastion mamá, de los esfuerzos de los amigos, de los cálculos de la avaricia y del famoso capítulo de los *informes*! Sin contar el contrato y los bienes parafernales y los gananciales, y los regalos de boda, y la frase sacramental, *en caso de fallecimiento*, repetida una vez en cada cláusula del alegre contrato, llamado capitulacion matrimonial. ¿Y á esto se le llama *una boda escrita en el cielo*?

Voy, no obstante, queridas lectoras — y estoy seguro de que mi exordio no os lo ha hecho adivinar — á contaros la historia, no como quiera de una, sino de dos bodas, para las cuales la *Casualidad* ha sido el *Deux ex machina*, y que han probado tan bien como si hubiera sido de las *escritas en el cielo*. Todo ha sido obra de la *Casualidad* en estos dos casamientos, dignos del nuevo mundo en que vá á desenvolverse nuestra historia. La *Casualidad* cambió el anillo nupcial de los cuatro amantes, uniendo la niña al anciano y la jame-

na al muchacho, siendo tales las consecuencias de esta doble union, que seria preciso remontarnos á las bodas de Valero y Lucila, y aun á las de Ifigenia y Aquiles, el chico mas guapo que entre los griegos habia, para compararlas con las dobles bodas que voy á cantar.

Decíamos, pues, que Adayes es un lugar español: por espacio de veinte años fué hace tiempo poblacion francesa; despues volvió á ser española, y lo que es ahora, maldito si saben sus habitantes lo que son.

Hay en este lugar una iglesia primitiva, con pinturas primitivas y campanario primitivo tambien. ¿Qué le hemos de hacer? Todo es allí primitivo, incluso el cura que celebra y la grey que asiste á su misa.

Y ya que del cura hablamos, sepan mis lectoras que se llamaba D. Baltasar y que era un santo anciano. Mas, antes de llegar á ser lo uno y lo otro, habia sido hombre y jóven como todos los demas, y no ignoraba nada de cuanto tenia que saber y que sufrir este ser privilegiado que *hombre se llama*.

El venerable viejo habia asistido á la pompa fúnebre de Luis XIV: habia visto pasar en sus carrozas, triunfantes en nubes de almizcle, á las queridas todas de Luis XV, el rey cristianísimo. Habia alcanzado, casi desde el principio, el siglo de Voltaire y de Mad. Pompadour. Un lance de esos en que el corazon toma parte le habia llevado, al través de mil peligros, al nuevo Méjico, en donde Dios dispuso que se fijára y tomára á su cargo el cuidado espiritual y corporal de los *adayacos*. Obediente á su vocacion, enseñaba á leer á los hombres de buena voluntad: hacia decorar la oracion dominical y la salutacion angélica á los niños: curaba la calentura á las ancianas; á los jóvenes les proponia enigmas; con

las muchachas jugaba los domingos á la gallina ciega, juego para ellas enteramente nuevo, puesto que hasta entonces nadie le habia importado en aquel pais, con pipas de melon y cabezas de girasol. Así es que el padre Baltasar Polo era á la vez el cura, el maestro y el médico de la poblacion; y podemos asegurar que si llega algun dia este pueblo á ser ciudad, y tiene la desgracia de que alguien escriba su historia, el primer puesto lo ocupará D. Baltasar.

Era, como puede verse por lo dicho, un hombre completo por las austeridades que la vejez lleva consigo; no muy teólogo que digamos, de conciencia serena y de profundo sueño, dotado de un corazon tierno y de un apetito siempre abierto, como su fisonomía: cara siempre risueña y alma sin mancha. Con todo, como nada hay completo en este pícaro mundo, tenia el buen señor una nube en el ojo derecho. Y eso que este ojo era, sin disputa, el mejor de los dos, aun en los buenos tiempos en que D. Baltasar contaba con dos ojos. El izquierdo, segun él decia, lo habia perdido á consecuencia de una apuesta de honor. A cierto castellano le habia dado un pisotón, y él se habia vengado arrimándole un soberbio puñetazo en el ojo izquierdo, de lo que resultó que desde aquel entonces D. Baltasar fué un especie de ciego á medias, que en todo y por todo andaba á tientas. Cuando el sol estaba mas brillante, veia sobre poco mas ó menos como vén las demas gentes cuando hace luna ó cuando quiere amanecer, y como el buen cura se habia ocupado tanto en allegar las cosas que pensaba importar al nuevo mundo, no se habia acordado de allegar un par de anteojos.

Pero como era tan honrado, tan bueno, tan completamente humano, no habia un francés mezclado de español, ni un español de media sangre francesa, que se atreviera á burlarse de los interminables *quid pro quos* del excelente se-

ñor. Y, sin embargo, daban sus equivocaciones margen á no pocas bromas.

Iba á ciegas su caridad, como Dios le daba á entender, sin palo y sin perro, y sin que nadie le gritase:

— ¡Cuidado; á un ladito!

Si se topaba con una coquetuela de aldea — pues de tales vichos está el mundo lleno — lanzando sus miradas llenas de fuego y con un arremango capaz de conmover á un santo, entonaba el buen D. Baltasar un piadoso cántico en alabanza de la sobriedad, lleno de maldiciones contra los dados, las barajas y los licores espirituosos.

Y la coqueta, riéndose, le interrumpía, diciendo:

— ¡Ah, padre mio! Antes de mucho ni tocaré las cartas, ni menearé los dados, ni llegaré mis labios á una copa de grog! ¡Jesus! No lo permita Dios.

Y levantando el delantal con los pulgares y los índices, echaba á correr saltando á donde la esperaba... su querido.

— Hé aquí una alma que acabo de ganar para el cielo, esclamaba el buen D. Baltasar.

Pero entre todas las distracciones, equivocaciones, y cambios graciosos del buen señor semi-ciego, hubo uno — y volvemos sin saber cómo á la boda escrita en el cielo — que costó muchos disgustos é hizo derramar mas de una lágrima.

Érase en aquel tiempo la muchacha mas guapa de Adayes — en donde es fama que las chicas guapas no andan escasas — y no solo en concepto de los hombres, sino lo que es mas, á juicio de mas delicado gusto, entre las mugeres: una morenita chispeante y ligera como una cervatilla, llamada Armanda Dolores Paccard, hija de un francés de la calle de la Comedia, íntimo amigo de Diderot.

A los diez y seis años quedó huérfana Dolores, y para mayor dolor, sin un miserable retrato — hablo de los que

se hacen en la casa de moneda — del rey católico ni del rey cristianísimo. La pobrecilla, merced á sus pocos años, no perdió su frescura ni su voz; veíasela reír, oíanla cantar: «Una niña es un pájaro,» dice una cancion antigua: *vaya V. á prohibir á un pájaro que cante.*

No léjos de la aldea en que brillaba aquella perla habia nacido de padre español y madre francesa un hermoso niño que, andando los años, llegó á hacerse un arrogante jóven, mas español que francés; así como Dolores Armada era mas francesa que española.

Era, en verdad, uno de los mejores mozos de la provincia á pesar de su colete de pieles y de su zamarra. Tenia el pelo rubio normando, como su madre, el cutis rosado, llena de animacion la cara, reflejo de aquellos bosques, de aquellas aguas, y una fisonomía que con brusca viveza anunciaba todas las pasiones, todos los sentimientos. Balanceábase erguida su hermosa cabeza sobre anchas espaldas: su hablar era franco; sus ademanes nobles, y sus robustos brazos, como dos tenazas de marfil, se terminaban con dos muñecas teutónicas.

En un país á medio civilizar no son las gentes como en la culta Europa: allí los jóvenes se vén, se admiran y se van derechos al bulto. Armada fué la primera que vió y admiró á su hermoso vecino: pero Alvarez — nos habíamos olvidado de decir que el muchacho se llamaba Alvarez — sostuvo siempre que de los dos, el primero en vez, habia sido él: yo por mi parte doy la razon á Armada, porque para listas no hay como *ellas*. A la segunda vez que se vieron, y no habia pasado mucho tiempo, ya se dijeron, sin hablar palabra, todo cuanto pueden decirse dos almas inocentes y enamoradas.

Un mes despues ya iba la aldeana á consultar al cura.

El buen D. Baltasar era tan entendido, que desde luego vió, á pesar de su ojo tuerto y de su nube, que la niña estaba encendida como una cereza.

— Sí, hija mia, te entiendo y veo lo que quieres. Verdad es que el mancebo no es rico y que tú aun eres mas pobre; pero ¿qué le hemos de hacer? Dios proveerá. Los dos sois honrados, jóvenes y activos: estais enamorados: con que, adelante. No se ha de decir que por culpa mia dejais de ser dichosos.

Por este mismo tiempo, en el mismo Adayes, pero en la clase elevada, se dirigia al mismo fin, al matrimonio, con pasos mesurados, otro amor, menos tierno de seguro, pero mas prudente y respetable entre dos personas de edad. En aquella boda no era por cierto el hambre quien se casaba con la sed, sino que se trataba de casar el rubí con la perla, el oro con la plata, el algodón con el azúcar y el damasco con la cachemira.

En una rica plantacion vivia, hacia diez y ocho años, Mad. de Labédayère, viuda opulenta, y satisfecha de serlo, de un rico plantador. No tenia hijos, y escasamente frisaba en los cuarenta años. Era esta señora anglo americana de nacion. Su difunto la habia conocido en una ciudad del Norte, y viéndola pobre, orgullosa y honita, la habia trasplantado á orillas del rio Rojo, donde mientras él gobernaba su hacienda, su esposa le gobernaba á él y á cuanto tenia. Algo tarde era para que el honrado plantador se deshiciera de la que ya era su esposa, y mas señora tal vez de lo que á él le convenia: pero á falta de otro recurso, apeló al de morir-se, con lo cual quedó libre del despotismo de madama. Mu- rió el respetuoso marido, y como hasta en sus últimos momentos habia hecho la voluntad de su costilla, en los diez años que con ella vivió, claro está que no salió de esta vida

sin dejarla primero, en debida forma, dueña y señora de sus vastas posesiones. Ya hacia, pues, ocho años que se veía condenada á la soledad de la viudez, y su espejo le decía que los años no pasan en valde. A la fisonomía mediana de la jovencita habia sucedido el imperioso rostro de la rica propietaria: habia desaparecido el ovalado semblante de tez rosada, y se veía en su lugar una cara ancha y cuadrada, con espesas cejas y, Dios me perdone, un cierto bigote, acompañado é iluminado todo por unos ojos casi feroces, que, ni aun cuando querian espresar la ternura, sabian bajarse. Todo lo demas, en nuestra plantadora, corria parejas con lo dicho; á la cintura de abispa, que en tiempos mas felices era su orgullo, habia reemplazado un anchuroso talle, y los menudos piés de marras habian tomado las de villadiego, quedando en su lugar otros que calzaban mas puntos que una leccion mal sabida.

La señora que acabamos de pintar, sea por aburrimiento en su mansion solitaria, ó por otra causa cualquiera, habia tenido el capricho de recibir con buen talante los obsequios de un francés viejo, pero rico, que no estaba mal conservadillo, y vejetaba como ella á dos ó tres millas de su habitacion, una milla mas léjos que la cabaña en que vivia el jóven Ricardo.

El Sr. Dulac, que tal era el nombre del francés, era un hombre chiquitín, astuto y muy corrido; que rayaba en los sesenta, hipocondríaco hasta la médula de los huesos y de un genio peor que malo, con una cara amarillenta y arrugada, que no se parecía mal á una pera en el corazon del inviérno.

Mucho debia de aburrirse Mad. Labédayère para que por las mientes le pasára la idea de enlazarse con aquel tétrico y taciturno señor. Pero eso de no tener otros esclavos que los que en el mercado se compraban... y ver en sueños todas

las noches el yugo vacío de su difunto marido, colgado del clavo conyugal, era una pena insuperable. Parecía también empresa noble y digna de sus dotes, si de mando el domeslicar á una fiera tan salvaje como todos llamaban á M. Dulac. En vista, pues, de estas y otras razones que me calló, comenzó á aparecer amable y azucarada, condescendiente y hasta cariñosa, con aquel ambulante pergamino. Recíbale risueña, enviábale recados, regalábale toda especie de golosinas, le hablaba en falsete; y para que nada le quedase por hacer en su obsequio, se hizo, de la barba: sí, señoras, se afeitó su másculino bigote.

Con esta manera escepcional de ser recibido y tratado, se aumentaron las meditaciones del meditando caballero; y, como buen egoísta, — que estos tales de todo sacan partido — se preguntaba, si aquellas atenciones, aquellos cuidados, aquellos mimos, aquel deseo de agradarle, podrian explotarse en el terreno en que él mas lo necesitaba, á saber: para tener quien le cuidase los achaques y enfermedades de la vejez, que, aunque las disimulaba perfectamente, harto de prisa iban asomando la cabeza. Juzgue el lector de la respuesta que dió M. Dulac á esta escabrosa pregunta por lo que hizo. — Renovó su guardaropá, sustituyendo las prendas mas ajadas ó mas antiguas con otras mas frescas y mas de moda. Dióse á recordar algunas frases de su antiguo repertorio de galantería para uso de su viuda, y cuando tuvo bien aprendido su papel de Lindoro, comenzó á declamarlo con el fervor de un galán jóven que por primera vez pisa las tablas. Era demasiado brusco y enérgico el ataque para que la fortaleza hiciera una larga resistencia, y así fué que á las pocas sesiones de monadas y de phdor fingido, consintió la viuda en unir su corazón y sus esclavos con los esclavos y el corazón de M. Dulac: y ...

Habíanse, por tanto, encontrado en sus mas vehementes deseos y en sus mas calculados manejos nuestros dos jóvenes amantes y aquella venerable pareja: y como la viuda y el solteron no deseaban menos que los muchachos, dar y recibir la fé prometida, iban los preparativos tan listos, que no habia mas que pedir. D. Baltasar, que era allí la única providencia de cuantos, jóvenes ó ancianos, aspiraban al respetable nombre de maridos, fué naturalmente llamado á tomar parte en la felicidad que se forjaban las dos parejas.

Ahora bien; como aquellos amores en partida doble habian comenzado en otoño y á la sazón corria lo mas derecho del invierno, con las copiosas lluvias que habian puesto intransitables los caminos, era preciso estar bien enamorado para pensar en bodas antes de la primavera: convínose en que valdria mas aguardar la vuelta del buen tiempo, y aguardaron á que todo vicho viviente se pusiera en ganas de hacer el amor.

M. Dulac no era un insecto ni un águila tampoco. Anamas: era hombre maduro y casi pasado. Con todo, á medida que el sol iba reanimando la naturaleza, iba tambien creciendo su amabilidad, su ternura, su obediencia.. su inquietud. Animábase su mirada, recién rejuvenecida al contemplar el nuevo vestido de verdura que iba cubriendo á los bosques; llamaba al himeneo con todas sus fuerzas; parecia, en fin, uno de aquellos libertinos marqueses de la re-gencia, según andaba de solícito y se mostraba emprendedor.

— ¡Ay, alma mia y novia deliciosa! decia con trémula y cascada voz el viejo Adonis; ya llega el tiempo de mi felicidad. Creédme, disfrutemos de nuestros verdes años y cojamos las rosas del placer antes que se marchiten, etc., etc., recuerdos de M. Dorat ó del marqués de Peray.

A unos deseos tan claros como llenos de encantos para

ella, apenas oponia una púdica resistencia. Sentíase enterrecer al oír tales requiebros, y al ver germinar las flores, y no pudiendo ya resistir á tales súplicas y embates, consintió en no demorar la dicha de su vecino, y en seguirle al pié del altar.

« Si aquí nieva, qué será en la sierra? » dice un antiguo refran. Si los palomos viejos tal hacian, calcúlese como se arrullarian los tórtolos jóvenes. Armanda escuchaba con deleite las dulces palabras de su amigo: el arrogante Alvarez instaba y acosaba á su linda novia con espresiones quizá no tan escogidas, pero de seguro mas sentidas.

— Reina y señora mía, óyeme y escucha mis deseos. ¡ Casémonos, Armanda! ¡ Armanda, casémonos...!

Aproximábase en tanto el fin del carnaval; ya no quedaban mas que unos pocos dias para la llegada de la pálida cuaresma, enemiga de amorosas contiendas. Iban á entrar en aquellos largos y tristes dias de ayuno, en que no se practican completas las tiernas ceremonias del matrimonio. Severa ley por mi vida, sobre todo en la Luisiana, en donde la cuaresma cae en el mes mas á propósito para decir el dulce sí á la esposa de su eleccion. Así es que todo contribuia á aumentar la impaciencia de los cuatro interesados.

Los dos jóvenes se propusieron hacer desaparecer aquellos obstáculos, y para ello convinieron en casarse veinte y cuatro horas antes de la llegada de la cuaresma.

Pero dió la casualidad que lo que aquellos jóvenes habian resuelto en un bosque solitario, fué lo mismo que ocurrió á M. Dulac en el salon de su viuda, resultando completa uniformidad de miras en cuatro personas que ni siquiera una vez se habian visto. Pero no fué esto lo mas original: en aquellos mismos dias, como si se hubieran citado á la parroquia todos los solteros y solteras, viudos y viudas que en

el lugar quedaban, hijos de diferentes países, con pieles de todos los colores, y edades que recorrian toda la escala núbil, se presentaron á pedir su bendicion al buen D. Baltasar Polo. De manera, que aquel año extraordinario, se llama todavía en Adayes el año de las bodas.

Cuando ya estuvo todo corriente y dispuesto, se presentó un nuevo reparo, á saber: el pudor de la niña y la vergüenza de la jamona. Dolores conocia que si la veian en público, parte principal en aquella funcion, se pondria colorada hasta el blanco de los ojos; la viuda temia que ni aun aquella emocion le haria salir los colores.

— Sabes, Ricardo, decia la novia, que el señor cura ha prometido que celebraria la ceremonia mañana á medio dia, y pasado mañana á las cuatro de la mañana?

— ¿Y qué? saltó el novio impaciente.

— ¡Qué vergüenza el casarse delante de tanta gente, que la miran á una con unos ojos...! Si nos casáramos pasado mañana, antes de amanecer... ¡qué diferencia! Ni visto, ni escuchado. Mira, así se casan las señoronas. ¿Quieres que lo dejemos para pasado mañana? Dime, Ricardo mio, quieres?

Era tal la inocente gachonería con que Dolores suplicaba, estaba tan linda, lo pedia con una boca tan risueña, y su sonrisa era tan elocuente, que el jóven no pudo menos de contestar:

— ¿Lo quieres así, Armanda? Hágase como lo deseas.

Y echó á correr para disponer todo lo necesario.

Como queda dicho, la magestuosa y soberana Mad. de Labédayère tuvo la misma idea que la inocente y tímida jovencita, é insistió para convencer á M. Dulac de que no era cosa de casarse, como todo el mundo, al buen medio dia, sino mas bien, como de incógnito, ir al altar á las cuatro

de la mañana, la vispera de la cuaresma. En vano apeló á todos los recursos el galante novio para desvanecer las prevenciones que abrigaba su próxima costilla contra las solemnidades nupciales; porque la imperiosa dama, despues del ratiocinio y de las súplicas, declaró en formales palabras que tal era su voluntad, y que si esta no se cumplia, habria de dilatarse cuarenta dias la boda. Vióse, pues, obligado el vanidoso M. Dulac á renunciar á las brillantes ceremonias reservadas para las personas de su casta, y á casarse, como si digéramos, á cencerros tapados. Acá, para entre nosotros, no le faltaba razon á Mad. de Labédayère para no tener muchas ganas de que la condujera al altar, entre las pompas y el lujo, aquel Matusalen arrugado y marchito, cuya obligada sonrisa pareceria mas bien el gesto de una persona que padece un cólico, y cuyas piernas-alambres podian apenas sostenerle; huyendo cuando menos el primer dia de las bromas y chufletas de los ociosos.

Llegó por fin el dia deseado. Iba espirando ya el bullicioso carnaval y la pálida cuaresma mostraba su afilada y macilenta faz, cuando á las tres de la mañana se abrieron las puertas de la iglesia, siendo el primero en entrar el digno D. Baltasar, aunque causado por la mucha ocupacion que le habian proporcionado las bodas del dia precedente. Sin embargo, no habia podido casar á todos los que lo habian solicitado, y un número no escaso habia quedado para aquella mañana. Ibase llenando la nave de novios, novias, familias y amigos. Colocado el sacerdote al pié del ara, acercábanse respetuosamente las parejas, tomando los novios la derecha y las novias la izquierda del celebrante; escena interesante por el sitio, por la hora, por el profundo silencio, que permitia oír el chisporroteo de las velas, cirios y faroles que los negros llevaban en las manos.

Ya estaban todos reunidos , y acababa de dar la hora señalada , cuando el cielo , encapotado por espesas nubes , estalló en una de esas repentinas tronadas tan terribles en el nuevo mundo. El estampido del trueno , mas tremendo que todas las máquinas de destruccion que el hombre ha inventado , conmovia los cimientos de la iglesia y las entrañas de los fieles allí reunidos. Las bocanadas de aire sacudian los árboles , arrancando á sus ramas un prolongado silvido que tenia cierta semejanza con el quejido lastimero de personas que padecen. Rompia los vidrios de las ventanas , abría con ímpetu las puertas , y agitando las luces , que no apagaba , producía las mas espantosas combinaciones de luz y de sombra. Las estatuas y cuadros de los santos parecían haberse puesto en movimiento , lanzando enojadas miradas y terribles amenazas. Entre tanto , los caballos que en el pórtico aguardaban á los que en ellos habían venido , se impacientaban , y oliendo la tempestad , relinchaban y manoteaban tascando sus anchos bocados.

Como la tempestad iba á cada instante creciendo , avisaron al digno D. Baltasar que sería conveniente apresurar un tanto las ceremonias , si no quería que sufrieran algun percance los novios que habían venido de léjos al volverse á sus habitaciones. Movidó por esta razón , fomentada por su amor al prójimo , y deseoso de no ser causa de alguna desgracia , comenzó el venerable pastor inmediatamente , y recorriendo el espacio comprendido entre aquellas dos filas que los novios arrodillados formaban , iba repartiendo sus bendiciones á diestro y siniestro , y enfilando los dedos que se le presentaban en los anillos nupciales.

Apenas concluía con cada pareja , D. Baltasar ponía la recién casada en manos de su marido , el cual se apresuraba á abrirla para llegar á casa antes de que se desenga-

denára por completo la tremenda tempestad.

Por mucha presteza que se desplegara en los enlaces, mas rápido era el aumento que iba tomando el amenazador mugido del cielo encolerizado. A cada paso que daba el párroco hácia una nueva pareja, era mas frecuente el brillar de los relámpagos: parecia D. Baltasar, en medio de aquella turba arrodillada, rodeado del zumbido del viento y del retumbar de los truenos, un Moisés en el Sinái.

Arrodillados estaban, uno junto á otro, M. Dulac y Ricardo Alvarez, y frente á ellos, trémulas, en la misma postura, la orgullosa Mad. Labédayère y nuestra amiga Armanda Paccard, estremeciéndose la primera de miedo, la segunda de amor. Envueltas una y otra en un abrigo de color oscuro, ambas tendieron á la vez la mano, presentando los dedos para recibir el anillo nupcial, y con la cabeza inclinada aguardando la bendición del sacerdote. Llegó por fin D. Baltasar á donde se hallaban las dos parejas, con paso mal seguro, mas corto de vista en aquel momento, que lo habia sido en toda su vida. Téngase en cuenta el cansancio, los catorce matrimonios que acababa de celebrar, la hora, la multitud, el ruido, la oscuridad, lo parecido de los abrigos que á las novias cubrian, su idéntica postura, su recogimiento, y dígaseme qué tiene de particular que asomára la cabeza ese enemigo mortal del sordo, del corto de vista y del ausente, el terrible *quid pro quo*? Sucedió, pues, lo que no podia menos de suceder. El digno cura, absorto el espíritu, turbada la vista, pero lleno de buenas intenciones, enfiló el anillo del seco y viejo Dulac en el dedo de la jóven Armanda; mientras que Mad. Labédayère, con toda la finura y monadas de una persona de buen tono, recibia en el suyo el del arrogante Ricardo; y para que fuera completa la equivocacion, entregó la jóven á los amigos de Du-

lac, mientras cargaban con la jamona los conviados de Ricardo. No bien se acaba la ceremonia, cuando una terrible ráfaga de viento abrió violentamente las puertas de la iglesia, apagando las pocas luces que quedaban, y obligando á salir atropelladamente á los rezagados en busca de sus habitaciones. Una sola persona quedó: el buen D Baltasar, que, arrodillado al pié del altar, estaba dirigiendo al cielo una fervorosa accion de gracias en nombre de las personas que acababa de hacer felices. Amen.

Entre tanto se apresuraban en las puertas de la iglesia á colocar á las novias en sus monturas. Los amigos de Ricardo ayudan á Mad. de Labédayère — y por cierto que les parecia bastante pesada — á montar en un lindo jaco, de paso rápido y seguro, enseñado por el jóven para su querida Armanda, mientras otros colocan con mucha suavidad á la otra novia en un sesudo y formal caballo, que para este objeto habia comprado M. Dulac. Buen viaje!

Ya tenemos en camino á nuestras heroínas, la una al trote, la otra al paso: la grave Mad. Labédayère, escoltada por juvenzanos vivos, ágiles y alegres; la traviesa Armanda Dolores, acompañada por juiciosos plantadores y otras personas de mas que madura edad, como una reina que va despacio de paseo. Como en tanto la tempestad arreciaba, y las chimeneas de las cabañas volaban, y los bosques mugian, las acémilas doblan el paso, los acompañantes las estimulan sin decirse una palabra; sí, para hablar estaban! no hacian poco en mirar cada cual por sí...! Y mientras la ilustre dama, arrebatada al galope de su corcel, se agarraba asustada á las pobladas crines de su robusto cuello, maldecia Armanda la lentitud de su flemática montura. Así fué como todo se conjuró para mantener en su error hasta el fin á las dos parejas de recién casados y á los amigos que los acompañaban.

Armanda fué la primera en llegar á la habitacion del buen Dulac, mas no sin haber recibido algunas de las anchas gotas que comenzaban á soltar las nubes. La escasa luz del crepúsculo que comenzaba, le hizo observar la magnificencia de la casa en que la entraban, lo cual no andaba muy de acuerdo que digamos con las ideas que se habia formado acerca de los recursos de su amante; y como siempre habia creido que iba á habitar una cabaña, al verse en la puerta de un casi palacio, se detenia... pero la lluvia comenzó á caer en tal fúria, que no tuvo otro remedio la pobre chica que dejar para otro rato las reflexiones y entrar á abrigarse bajo un techo protector. No bien se hubo decidido, y en el perístilo mismo, se precipitaron una multitud de indios á sus piés, haciendo mil contorsiones en honor de su nueva ama... Esto debiera haber sido un nuevo motivo de duda; pero Armanda prefirió dejarse obsequiar; y á la verdad, ¿qué le importaba á ella averiguar de donde venian y de quien eran aquellos negros?

Uno de ellos le toma el abrigo, otro abre un aposento espacioso y amueblado con lujo; otro ofrece á la señora un sillón, y otro, en fin, trae un espejo para si el ama quiere arreglarse el pelo, algun tanto descompuesto en el camino. Forzoso es decir que la jóven abria los ojos desmesuradamente, y que comenzaba á dudar si dormia ó estaba despierta; pero al mirarse en el espejo desaparecieron las dudas; vió que no soñaba, devolvió el espejo al esclavo, y, con la rápida mirada de la muger, examinó el aposento en que estaba y todos sus pormenores. Vió los grandes sillones dorados que le amueblaban cubiertos de carmesí y tallados en ambos brazos; reparó en las grandes y mullidas otomanas, en torno de las cuales circulaban unas guirnaldas de encina; admiró el magnífico espejo de cuerpo entero á la

veneciana, colgado sobre el sofá, y hasta reparó en el escudo de armas que le coronaba. Volviendo sus miradas sobre sí misma, observó que estaba sentada en un cómodo sillón de damasco con franjas de oro, que tenía los pies apoyados en un taburete recamado de flores, y delante de sí un ancho velador de mármol cargado con un magnífico almuerzo en el cual no se echaba nada de menos. El vino de Burdeos en su larga botella, y el Champagne, apenas limpio de la brea, los vasos de cristal de roca tallado, los cubiertos y servicio de plata con escudos de armas, la porcelana legítima de Sevres, tan rara hoy y mucho más entonces, y luego, en fuentes de plata ennegrecida, la sabrosa trucha, el sustancioso pastel de anade, los platos del país, flanqueados por los más delicados de la cocina y repostería francesa, que la pobre niña ni había comido, ni aun oído nombrar en su vida. Hé ahí qué vió y como se vió Armanda Dolores.

Digamos ahora que la niña, sin ser glotona, tenía buen apetito, aguzado todavía por el ejercicio de aquella mañana; así es que, estimulada por el dulce aroma de aquellos manjares y animada por el agradable calorcillo de una chimenea junto á la cual estaba colocada, desplegó una servilleta, que con una cinta de color de rosa estaba atada, y al colocarla sobre las rodillas, exclamó:

— ¿Cómo puede ser de Ricardo esta casa que tantas riquezas encierra? A no ser que haya querido ocultármelo hasta que nos casáramos para causarme una agradable sorpresa...!

Pero no le duró mucho rato esta ilusión, porque en aquel momento oyó abrirse una puerta del aposento en que se hallaba, y vió entrar por ella, no á su amigo Ricardo, sino á un caballero viejo, de rostro amarillento y arrugado, que se acercaba con paso mal seguro y que la llamaba su esposa.

Atónita quedó la muchacha, y sin poderse ni incorporar siquiera, con la boca abierta y los ojos espantados, desplegada la servilleta y corriendo un convulsivo estremecimiento por todo su cuerpo.

A todo esto el cascado señor había seguido andando, y al llegar junto al velador, no fué menor su sorpresa de ver trocada la jamona en una fresca jovencilla mas interesante aun con su afliccion y aturdimiento; pero sospechando lo que podia ser, determinó sacar partido de la equivocacion en beneficio propio.

Para dar comienzo á su propósito, tomó entre las suyas las hermosas trémulas manos de la niña, y cuando en esta posicion se halló, cerca de aquel rostro tan fresco y tan lindo, sonrosado por la escena que comenzaba, olvidó las añejas fórmulas de galantería que para la exviuda traia preparadas, y recordando el lenguaje de sus verdes años, dijo á la trémula jóven:

— Dispensadme, hermosa señora, si me veis cortado, y no lo estrañeis, pues me tiene de este modo el esceso de mi felicidad: el asombro y la alegría son capaces de enmudecer.

Y luego, animándose mas, continuó:

— ¡Gran Dios! qué inmenso y feliz cambio se ha operado en vos desde la última vez que nos hemos visto! ¡Venturoso de mí, que encuentro á mi esposa dos veces mas jóven y diez veces mas linda! ¡Ah, señora! dirigidme, ya que no una amante sonrisa, cuando menos una dulce mirada, y permitidme daros el parabien de este grande milagro, de que doy gracias al cielo en mi nombre y en el de vuestros hermosos ojos.

Armanda, cuando oyó tales razones, retiró desdeñosamente sus manos de las del viejo.

— No hay en esto milagro alguno, caballero, respondió

lanzando chispas de los ojos. Lo mismo soy esta mañana que era ayer ; y , con todo , alguna cosa estraña ha debido ocurrir ; algun accidente que me turba y que no alcanzo á esplicar , ha tenido que suceder para que yo me halle aquí.

Cuando pronunció estas últimas palabras estaba la pobre cilla á punto de llorar.

— Teneis razon , señora , contestaba el maligno viejo , y mucha razon. Esto es raro , muy raro : encontrarme yo en lugar de la viuda , una muchacha tan jóven , deslumbradora de belleza , con ojos de fuego y delicada mano... feliz me llamo de encontrar en mi cuarto , dueña y señora de mi casa , á una tímida y trémula doncella : milagro por vida mia !

El temor de la pobre jóven iba en aumento , y al ver la cara que ponía el viejo , tembló como una azogada.

— ¡ Caballero , caballero ! exclamó ; tanto vos como yo somos víctimas de una fatal equivocacion . ¡ Vos no sois mi Ricardo ! ¡ Ricardo ! ¿ dónde estás ? ¡ A tí es á quien yo quiero !

Y con las manos juntas gritaba :

— ¡ Ricardo , Ricardo !

Y se levantaba para marcharse. Pero el amoroso y obstinado viejo se colocó delante de la puerta. Aquella hermosa jóven , con su rostro ingénuo , su hermosa frente , coronada de abundante y luciente cabellera , aquellas megillas animadas con encendidos colores , aquellos grandes y hermosos ojos negros , mas brillantes aun con las lágrimas que temblaban en sus largas pestañas , aquella boca fresca cerrada por unos labios tan encarnados , le habian inspirado una súbita pasión , y se prometió á sí mismo no soltarla ni menos entregarla á ningun Ricardo nacido ni por nacer.

— Vamos , baronesa , ¿ qué estais diciendo ? y qué Ricardo es ese ? Algun rústico , algun patan.

— ¡ Caballero , respondió la hermosa desconsolada , ese

Ricardo es mi marido , y se llama Alvarez. Vive junto al bosque de los álamos , y nos hemos casado esta mañana.

— Cuidado con lo que decís , señora. Yo no conozco al tal Ricardo Alvarez : y el que se ha casado con vos hace pocas horas , soy yo : yo soy al que voz habeis prometido amar , guardándole fidelidad. Querida y hermosa esposa mia , ¿ no veis brillar en vuestro dedo el anillo nupcial que yo os he dado ? Esto os probará que yo soy desde ahora vuestro amigo , vuestro protector , vuestro padre , vuestro esposo , y vos sois mi esposa legítima , sino por mútuo acuerdo de nuestra voluntad , por disposicion de la Providencia , que sabe lo que se hace mejor que nosotros. Así , pues , unidos estamos ante Dios con un lazo que nadie puede desatar.

Este amoroso y solemne discurso de M. Dulac se vió interrumpido por un violento acceso de tos.

Armanda habia vuelto á caer sentada en su sillón , y comenzaba á comprender toda la irreparable estension del accidente que acababa de trastornar sus proyectos. Lloraba la infeliz y suspiraba. Pero el viejo , á fuer de corrido , conoció que ya la tenia medio vencida , y que no le faltaba mas que dar el golpe de gracia. Comenzó por los mimos y cariños ; continuó por las galanterías y consuelos , y concluyó poniéndole de manifiesto las galas y regalos de bodas que tenia preparados. Hizo brillar ante sus ojos ya mas serenos , una pesada diadema de oro , un rico collar de pedrería , vestidos recién llegados de París , encages y blondas holandesas , preciosos abanicos , guantes , cintas y otros mil adornos. Ya le miraba Armanda con ojos casi agradecidos : dejóse colocar en su flexible cuello el rutilante collar ; vió con gusto adornar su torneado brazo con los delicados brazaletes y... digámoslo de una vez , volvió á desplegar la servilleta y se sentó á almorzar frente á M. Dulac. A medida que el pe-

sar huía , volvía el apetito , tanto , que dió buena cuenta de una perdiz , y como se escitó la sed , tendió la copa á la botella que se le brindaba , y no tuvo inconveniente ea que la espuma del Champagne humedeciera la punta de su naricita. Desde aquel momento fué otra muger.

Mientras esto sucedía con Armanda Dolores, Mad. Labédayère, convertida ya en esposa de Ricardo, volaba en alas de su valiente jaco que la llevaba á la cabaña de su novio. Tal fué la rapidez de su carrera que, desafiando al viento, no empleó la ex-viuda en llegar á la habitacion de Ricardo, á pesar de estar mucho mas distante que la de M. Dulac, mas tiempo que el invertido por Armanda, y así es que, como esta, llegó en el momento en que comenzaban á caer las primeras anchas gotas de lluvia y cuando la aurora empezaba á teñir el horizonte con sus arreboles. Pero la sorpresa de la gran señora fué todavía mayor que la que en aquel mismo instante estaba experimentando la hija del pueblo. La pieza en que la hicieron entrar estaba entarimada con tablas mal unidas; un agujero redondo abierto en el centro del techo absorbía en parte, sirviendo de chimenea, el humo que despedía un enorme tronco de ciprés que ardiendo estaba: los maderos del techo estaban ennegrecidos por la capa de hollin que los cubria; y todo el mueblage se componia de un cofre colosal de encina, una docena de banquillos derrengados y dos sillones de rústicas entabladuras. Tal era el ahumado tabuco donde introdujeron sin ceremonia de ninguna especie á la encopetada señorona, en donde con gran sorpresa suya no vió ni un solo esclavo presentarse á recibir sus órdenes. Tan solo habia allí una muchachuela de crespa cabellera, la cual la ayudó á desembarazarse de su manto. Mas, cuando al quedarse á cuerpo, apareció

cubierta de pedrería y crugió el rico traje de seda, dos ancianos que llegaban á recibirla, un buen hombre de sesenta años, de barba blanca y pobremente vestido, y una respetable matrona de la misma edad, cubierta la cabeza con una grosera cofia de algodón, y vestida de jerga, retiraron sus brazos venerables estendidos para abrazar á la nueva hija que el cielo les enviaba; mudos de estupor y penetrados de respeto, inclinaron sus cabezas haciendo una profunda reverencia. — ¡Dios mio, qué gran señora! fué lo único que acertaron á articular.

— ¡Y qué vieja es! añadía por lo bajo la jovencilla que la había ayudado á quitar el abrigo.

En aquel mismo momento llegaba el arrogante Ricardo, rebosando de alegría y preguntando á voces desde la puerta:

— ¿En donde está mi muger? ¿En donde está esa niña querida? ¿Por qué no corre á darme un abra...

Y como entraba en el aposento diciendo estas palabras, al ver aquella señora tan ricamente odornada, se para, titubea, y pregunta en voz baja á su hermana quien es aquella dama, inquietándose, sin saber de que, y perdida la alegría que traía.

— Esta señora, contestó uno de los jóvenes allí presentes, es tu esposa. Bien lo sé yo, puesto que á nosotros nos la ha entregado el señor cura, despues de haberla casado contigo, y no me he separado de ella hasta ahora.

— ¡Y tan señora como es! añadió la madre de Ricardo. Bien seguro puedes estar que es la mas guapa de todas las señoras de este país.

— Pero qué significa esto? exclamó por fin Mad. Labédaryère con los puños crispados y la cara contraída por la cólera. Yo no soy vuestra esposa, señor mio, ni tal permita Dios. Lo juro por cuanto hay mas sagrado. Que me lleven

inmediatamente á casa de mi verdadero esposo, que no quiero permanecer ni un minuto mas en esta cabaña.

—Verdad es cuanto decís, señora, replicó Ricardo. Vos no sois mi querida Armanda; y la que conmigo se ha casado ¡bendito sea Dios! es mucho más jóven que vos y sobre todo muy linda. Sin duda ha debido de ocurrir algun fatal *quid pro quo* que yo trataré de poner en claro. Mas, en tanto que este caso llega, será preciso, mal que os pese, que os guarde aquí como en rehenes, y que parezca mi verdadera esposa, mi Armanda. Así, os aconsejo que no lloreis, ni alboroteis. Sois una especie de prenda que no pienso soltar mientras no me devuelvan á la que amo.

—¡Dios todo poderoso! saltó la madre de Ricardo. Cualquiera cosa apostaría, pobre hijo mio, á que este chasco lo jebemos á la poca vista del buen D. Baltasar, que te habrá endosado la señorona, que no te gusta, en lugar de la buena moza.

—Si así es, madre mia, preciso será que el padre cura busque, encuentre y me vuelva la mia. ¿Qué facultades tiene ni él ni nadie para escamotearme mi Armanda? ¿Y por qué me han dado en su lugar esa dama dengosa que podría ser mi madre? Voy, pues, á ver á D. Baltasar, y á pedirle que deshaga este enredo. Mientras tanto, madre, hay que vigilar á esta señora, y tenerla bien guardada hasta que yo vuelva.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, abrió atropelladamente la puerta, y sin hacer caso del viento y de la lluvia que azotaban las paredes de la casita, montó á caballo, y á todo escape llegó, al través de la tempestad, en pocos minutos, á casa del párroco, quien, al amor de una dulce charada, estaba descansando de las fatigas de aquella mañana.

— Escuchad, padre mio, escuchadme, y, si es posible, sacadme del abismo en que me habeis hecho caer.

Tales fueron las primeras desconsoladas palabras que pudo pronunciar el impetuoso jóven, apenas se vió en el cuartito del digno D. Baltasar.

Este procuró, desde luego que supo de que se trataba, convencer á Ricardo de que no habia en lo posible una equivocacion semejante.

— ¡Cómo! esclamaba; eso equivaldria á decir que no sé ya casar á las ovejas del rebaño que me está encomendado. ¿Estoy ciego? Por San Baltasar, mi patron, y por Santa Lucia, abogada de la vista, que tengo seguridad de haber puesto á cada novia el anillo de su esposo, y de haber entregado á cada novio la que con él acababa de casar.

Lo cierto es que el santo sacerdote, al asegurarlo, decia lo que sentia, y se enfadaba de que pudiera ponerse esto en duda; afirmacion que desesperaba á Ricardo.

— Hay para perder la cabeza, señor cura. Pues qué, ¿no he de saber yo distinguir á mi novia, fresca y lozana como una rosa, de una señora mas que mayor?

Así hablaba entre desconsolado y furioso y en tono tan apasionado, que por fin le preguntó D. Baltasar si sabia como se llamaba el que debia casarse con la señora que en su casa tenia, pues era probable que á casa del tal hubiera sido conducida Armanda. Parecióle muy exacta la suposicion á Ricardo, pero era tal su aturdimiento en los primeros momentos, que no se le habia ocurrido preguntárselo á Mad. de Labédayère. Fué, por tanto, preciso volver á montar á caballo y volver á informarse de la señora que en su casa habia dejado.

Al salir de casa del cura, creyó que podia ganarse algún tiempo dirigiéndose á tomar informes en la casita de Arman-

da; pero los padres ancianos de esta, que no habian podido ni aun acompañarla á la iglesia, no solo no pudieron darle la menor noticia, sino que oyeron al desconsolado novio con la sorpresa que era natural.

No contento con este desengaño, corrió á la iglesia preguntando á todo el mundo por su Armandá: pero tampoco allí encontró lo que buscaba. No supo decirle nada el sacristan, ni unas cuantas beatas á quienes escandalizó con sus preguntas y con el ardor de su language.

Furioso al ver que por ninguna parte sacaba nada en limpio, metió espuelas á su caballo, y echó á galope hácia su casa, á donde llegó empapado en agua y cubierto de sudor.

Hallábase en la ventana Mad. de Labédayère contemplando la tormenta y calculando que su hermoso traje se hubiera puesto perdido si con semejante temporal se hubiese echado á fuera; lo cual le hacia llevar en paciencia la forzada reclusion en que la tenían.

Las hermanas de Ricardo vacaban á sus ocupaciones acostumbradas, aunque guardando cierto silencio y reserva por lo extraordinario de las circunstancias. El tono imperioso de la gran señora y el brillante adorno de sus vestidos la tenia como atontadas. Por lo que toca á las reflexiones que estaba haciendo la recién casada, no todas eran, fuerza es confesarlo, desventajosas para Ricardo.

— Si este jóven dá con su novia, se decia, bueno: nos queda M. Dulac; y si el baron Dulac no parece, no es difícil consolarse de haberle perdido con este jóven de tan buen aspecto, fornido, arrebatado, colérico y tan guapo chico, que desafía á las tempestades, insolente, enamorado, ardiente, y que solo tiene veinte y cinco años. Cuánto mas vale esto que los bienes de M. Dulac, amerados con sus catarros y su reuma! Y si el jóven es pobre, ¿no tengo yo bienes

suficientes? — La ex-viuda iba reconciliándose con su posición, y aun diremos mas, le parecia agradable el *quid pro quo*.

En este momento entró Ricardo en la salita donde se encontraban todos reunidos, sin aliento, jadeante, chorreando y con cierta viveza preguntó sin preámbulos á la señora — ya era hora — su nombre y el del sugeto que con ella debia haberse casado; pidiéndole que le ayudára con sus consejos para encontrarle, y prometiendo pedirla perdon de todas las molestias que le habia causado.

Solemne era el momento y delicada la pregunta. Así es que, mientras la gran señora se disponia á contestar, se la comia con los ojos encendidos el enamorado jóven.

Por fin contestó tranquilamente que quien debia casarse con ella era un tal M. Dulac, vecino suyo, que poseia una vasta hacienda á cuatro leguas de allí. Al oir esta respuesta, se rodearon á ella todos los individuos de la familia, y con la mayor gravedad comenzaron á discutir los medios de remediar aquella desgraciada equivocacion. La rica vieja presidia, digámoslo así, aquel consejo de familia, gozándose al ver que nada les ocurría que pudiese deshacer lo hecho. Mas, por último, se decidió por unanimidad que Ricardo, acompañado de su padre, fuese á la hacienda del baron á reclamar á Armanda, y que si conseguian rescatarla, acompañarian los mismos á Mad. de Labédayère hasta dejarla en manos del que con ella debia haberse casado. Una vez resuelto, padre é hijo se pusieron en camino como dos paladines de la edad media.

El padre era un ginete muy mediano, y agobiado por la edad, no podia ir mas que al paso, ó á lo sumo á un trote no muy picado. Así es que el hijo, impaciente por llegar cuanto antes, le iba estimulando.

— Un poco mas vivo , padre ; mire V. que tenemos que cruzar toda la huerta antes de llegar á casa de M. Dulac ; y aun dudo que á buen paso lleguemos antes de oscurecer : vamos , padre , pique V. espuela.

— ¿ Y qué importa , hijo mio , contestaba el padre , hombre de sesuda calma y de maduro consejo ; qué mas tiene llegar una hora mas pronto ó mas tarde ? Lo que importa es llegar antes de la noche. Ya sabes que hace muchos años que que no monto , y no querrás que tu anciano padre , convertido en lacayo de tu pasion , vaya á romperse la crisma. Ten pues , un poco mas de sosiego , que ya llegaremos. Y por otra parte , bien considerado , ¿ qué se perderia en que llegáramos tarde ? A falta de Armanda , ¿ no te queda una buena jamona , con buenas rentas , abundantes posesiones y numerosos negros ? Te aseguro , hijo mio , que yo en tu lugar no correria tanto.

Entreteniendo el camino de este modo , impacientándose el uno y calmándole el otro , llegaron á casa de M. Dulac en el momento en que la noche , como diria un poeta , tendia su negro manto sobre la faz de la tierra. A todo esto , la lluvia habia cesado : por el cielo , ya sereno , corrian algunas nubes , restos de la pasada tormenta : el viento soplaba fresco y agradable : todo se hallaba tranquilo y la casa de Mr. Dulac estaba envuelta en el mas profundo silencio.

Tomó el aldabon el impetuoso jóven , y comenzó á sacudir sonoros y redoblados golpes , gritando al mismo tiempo :

— Mandad que nos abran , M. Dulac. Yo soy Ricardo Alvarez , que vengo á buscar á mi novia. ¡ Que nos abran ! Que nos abran... !

Un buen rato se habia pasado sin que el inmenso edificio diese la menor señal de estar habitado , hasta que al cabo se abrió un ventanillo , y asomó risueña la cara de un negro

viejo. — ¿Qué ocurre, buenas gentes? preguntó á los que llamaban; ¿buscáis al amo? El caso es que acaba de entrar en su cuarto con su jóven esposa, y no seré yo quien vaya á incomodarlos. Con qué, buenas noches.

Y se cerró el postiguillo.

Trás! trás! trás! volvió á sus golpes Ricardo con nueva furia. Tales eran, que la casa se venia abajo.

Volvióse á abrir el postiguillo, y apareció en él la misma carota risueña.

Sin darle tiempo para hablar, le preguntó Ricardo:

— Oye, buen amigo, te has hecho cargo de la esposa de tu amo? ¿Qué tal es?

— ¡Carambola! contestó el negro; es una señorita muy guapa, muy jóven, muy lista: es un pimpoilo. Al principio lloraba y la oíamos gritar: ¡Ricardo! Ricardo! Despues se calmó; mas tarde se consoló, y últimamente ¡toma! se ha ido con el viejo tórtolo al nido donde están ahora: con que, buenas noches, señores.

Por segunda vez se cerró el postiguillo á las barbas del desventurado Ricardo, el cual en sus lamentos invocaba tierra y cielo, pasando de la oracion á la blasfemia, y de la maldicion al furor. Lo que sufrió en aquellos momentos á la puerta del techo conyugal, no hay palabras con que decirlo. Su sangre española, mezclada con la francesa, espoleaba su orgullo, que venció por fin.

— Marchémonos, padre, marchémonos de aquí, exclamó en ronca voz; todó lo comprendo ahora. ¡Pérfida! ingrata! Bien se ha burlado de mí. Vámonos, padre, vámonos.

El viejo, que era muy hábil, y tenia ya formado su proyecto, detuvo por el brazo á su hijo, y llamando de nuevo al negro, le dijo: — Es forzoso que yo hable á tu amo, y esto ha de ser al momento.

—Imposible, señor mio. Acaba de oscurecer, y el amo ha mandado que nadie, bajo ningun pretesto, entre en su cuarto hasta mañana muy tarde.

—Te he dicho que es forzoso, esclavo de Satanás, y que ha de ser ahora mismo, gritó con voces terribles el viejo habitante de la Luisiana. Vé á decirle que quiero hablarle.

El negro, que ya no se sonreía, se retiró para llevar el recado á M. Dulac, pero no tardó en volver con su sempiterna sonrisa, encargado de la atenta contestacion del señor baron. En ella decia que tuviesen en cuenta los señores Ricardo, padre é hijo, que siendo aquella su noche de bodas, era muy justo que le dejáran en paz descansando al lado de su esposa, que no se molestáran mas en llamar, y que al día siguiente, entre once y doce, estaria á sus órdenes, teniendo mucho gusto en recibir á aquellos caballeros.

El viejo pastor, que no siempre era cachazudo, oia la respuesta lanzando miradas coléricas y gestos de amenaza. enderezábase, y á cada momento parecia que se ensanchaban sus robustas espaldas, y que iban engrosándosele brazos y manos. Mas, cuando el socarron del negro concluyó su recado, sin poderse contener, le dijo:

—Sí, eh? Pues bueno: dile por última vez á tu amo que si no le veo y le hablo ahora mismo, pego fuego á su casa, y no queda títere con cabeza.

No tuvo el negro necesidad de ir á llevar tan belicosas razones, porque en aquel momento se abrió con precaucion una ventana en el piso principal, y se asomó una cabeza con gorro de dormir, sujeto con una cinta de medio palmo de ancha, de la cual cabeza, que pertenecia al señor baron, salió una voz agria y cascada que preguntó quien era el que metia tanto ruido, á quien buscaban aquellos hombres, y con qué derecho venian á incomodarle á semejantes horas?

Adelantóse á responder el viejo, y espuso en pocas palabras el objeto de su visita; ponderó el cruel cambio cuya víctima era su hijo, y concluyó reclamando en altas voces la jóven esposa de Ricardo, ofreciendo devolver, al recibirla, los diamantes, las galas y la persona de la novia de Mr. Dulac.

A estas palabras claras y precisas, se siguió un rato de profundo silencio. En vano aguzaba Ricardo el oído, dispuesto á lanzarse en el oscuro aposento á la menor señal, al mas ténue suspiro. Pero no se oyó ni una mosca. Por lo visto, no habia en el lecho nupcial quien tuviera ganas de clamar: Ayuda! socorro! y las cosas se hacian en aquella casa en toda regla.

M. Dulac rompió en fin el silencio, y exclamó en ademán triunfante:

— Ya veis, señores, que aquí no hay nada de lo que buscáis. Tengo á mucha honra y no menor gusto la boda que esta mañana se ha celebrado. Entiendo que la señora, que á mi lado tengo y que nos está oyendo, participa de mi modo de pensar, gozándose en un contrato que nos hace á todos felices. En resumidas cuentas, esta señorita es mia, lleva en su dedo mi anillo nupcial, la he recibido de manos del párroco, y ella ha ratificado todo lo hecho; no tengo la mas pequeña intencion de soltarla. En cuanto á la viuda Labédayère, nada tengo que ver con ella: podeis hacer lo que os acomode: es una señora verdaderamente respetable, y con una fortuna que no vendrá mal á un jóven ambicioso. Creedme, jóven, aceptad con gusto los bienes que el cielo os envia, y... pero el viento es demasiado fresco: con qué, buenas noches, y que seais todo lo felices que mereceis.

Luego que hubo pronunciado estas palabras, se retiró triunfante el baron, y como observó Ricardo que cerraba

muy despacio la ventana, quiso hacer la última prueba: — ¡ Armanda, Armanda ! gritó con toda la fuerza de sus pulmones ; escucha mi voz , vuelve á mí ! Una sola palabra, querida Armanda , y me tienes en tus brazos !

Sus voces y gemidos se perdieron silenciosos en el espacio , y como el airecillo que soplabá los hizo llegar hasta los oídos de Cupido , cuéntase que el dios del amor soltó una carcajada al oírlos.

M. Dulac salió de nuevo á la ventana , y con aire formal y tono lleno de dignidad ,

— Jóven , exclamó , no está bien lo que haceis , y habeis olvidado sin duda que no es permitido codiciar la muger del prójimo , y mucho menos decirlo á las barbas de su marido , precisamente el día en que se casa. En cuanto á V. , señor Alvarez , es cosa que me pasma el ver á un hombre que peina canas venir apoyando á este jovenzano en tan ridícula pretension. ¿ Quiere V. que me desprenda de mi jóven y linda esposa y que la trueque por Mad. Labédayère ? Comprendo , señor Alvarez , que este cambio pueda convenir al muchacho ; pero V. ! ¿ no conoce con sus años y esperiencia cuán ventajoso le es quedarse con la vieja ? Ahorremos de razones. Yo estoy satisfecho con la que Dios me ha proporcionado ; que haga todo mundo lo propio. Con qué , abur ; á descansar.

Desapareció el gorro de dormir ; cerróse la vidriera ; luego rechinaron los goznes de la ventana , y se oyó todavía la voz burlona del negro , testigo mudo de la escena desde su postiguillo , repitiendo el consabido *buenas noches*.

— ¡ Olvidemos á la pérfida , padre ! Vámonos de aquí. Mas valiera no haber venido.

Así hablaba el jóven al retirarse de aquella puerta que tan enérgicamente había sacudido ; y entre lamentos y mal-

diciones, llegaron padre é hijo á casa de D. Baltasar Polo. El buen cura los recibió con su acostumbrada bondad, escuchando las amargas razones que al uno inspiraba el dolor y al otro el furor.

— Amigos míos, les dijo cuando pudo hablar; siento en el alma el error que hemos cometido, y sin embargo, no puedo menos de ver en ello el dedo de Dios. Mas ¡ay de mí! que no me es permitido deshacer lo hecho! Ricardo! hijo mio! verdad es que Mad. de Labédayère es vuestra esposa legítima ante Dios y ante los hombres. Armanda Paccard es la esposa legítima de M. Dulac. Nada podemos cambiar, hijos míos, en todo esto; lo ha dispuesto así la Providencia, y nuestro deber está en obedecer sus decretos. Retiraos, pues, ahora, y venid á verme mañana en compañía de Mad. de Labédayère, que yo enviaré á buscar á M. Dulac y á su esposa, y veremos de arreglar este negocio.

Así se hizo; y al siguiente día se hallaban reunidas en casa del párroco las dos parejas citadas; Armanda llena de rubor y capaz, según estaba de bonita, de dar tentaciones á un santo, llegó con los ojos bajos, apoyada á mas no poder en el brazo de su esposo: Mad. de Labédayère, al contrario, con la cabeza erguida, mirando á todos lados y apretando con amor el brazo de su jóven esposo, cual si temiera que se lo iban á quitar. Ricardo se presentó tan tranquilo, como hombre que se resigna con las disposiciones del cielo y M. Dulac con la sonrisa en los labios, como galante caballero, acostumbrado á conquistas amorosas, á quien nada le coge de susto.

Al contemplar tan desproporcionadas parejas el buen cura, y conociendo que por culpa suya habia ocurrido, no pudo menos de suspirar y pedir á Dios perdon en una fervorosa oracion mental que le dirigió.

— Hemos cometido , dijo á los cuatro , una fatalísima equivocacion , y me reconozco culpable de haber estropeado por mi torpeza la realizacion de unos contratos en los que intervenia mi santo ministerio. Vos, Mad. Labédayère, y vos, M. Dulac , habeis sido los gananciosos en este triste juego en que tan cruelmente han salido perdiendo los dos jóvenes. Ya he dicho qué , pues Dios ha querido ordenarlo de este modo , no hay mas que resignarse , y á lo hecho , pecho. Pero á vosotros toca , señores mayores , reparar el mal que mi cortedad de vista ha causado , si no quereis que me deshaga en lágrimas toda mi vida , lo cual no me curaria , antes agravaria mi mal. M. Dulac , ceded la mitad de vuestras posesiones en favor de esta jóven á quien llamais esposa , y que haga otro tanto Mad. Labédayère en favor de su jóven esposo , y aun así , perdóneme Dios y perdonenme Ricardo y Armanda , pues aun así y todo...

Dura les pareció la condicion á los dos avaros , pero no habia remedio : ó donacion ó separacion. Callaban entrambos , pero la imaginacion no estaba ociosa en ellos. Comparaba Mad. Labédayère la juventud de Ricardo con la vejez de M. Dulac , y como estaban juntos , resaltaba la diferencia de un modo portentoso. Así es que fué ella la primera en contestar , diciendo que si Ricardo consentia en recibirla por su fiel y legitima esposa , no la mitad , sino todos sus bienes pensaba donarle para que hiciese de ellos segun su voluntad. Honda sensacion causó en todos esta conformidad , pero mas que en nadie en el baron , que se veia de este modo comprometido. El despique que en él produjo , le hizo parecer mas ajada y mas repugnante á la ex-viuda , y como á su lado se encontraba Armanda tan fresca y rozagante , no quiso ser menos é hizo la misma promesa. Lo cual oido por el cura , envió á buscar á un notario que estendiese allí mismo las

capitulaciones matrimoniales en los términos que dichos que dan. Desde aquel día habitó Ricardo en casa de su mujer, ó para hablar con más propiedad, en la que ya era suya.

Pero como no hay gozo cumplido en este mundo, apenas se divulgó la noticia de lo ocurrido, cuando se dispusieron los ociosos y mal entretenidos á celebrarla con una famosa cencerrada, en que trompas y caramillos, almireces, sartenes y calderos armaban la más descomunal é insupportable cacofonía que hayan percibido jamás oídos humanos en el antiguo ni en el nuevo mundo.

Marchaba la procesion burlesca al través de los setos, alumbrada con hachas de viento. Dirigíanla dos ridiculos figurones cuyas horribles caretas representaban una vieja coquetona y descotada, lanzando provocativas miradas, y un rústico con estrafalacio trage dominguero, tieso de cuello y con la boca abierta á quien la vieja tiraba de una cuerda terminada en una argolla. Cuando con la cuerda lo atraía á sí y comenzaban á besuguearse y hacerse caricias, la broma tomaba el carácter de frenesí, segun era la algazara que se movía. Seguía á esta pareja otra no menos bien ataviada, en la que un buo viejo arrastraba á una tortolilla, que le seguía sin mucho disgusto, al contemplar un bolson que de vez en cuando le mostraba.

Para completar la fiesta entonaban los cuatro á pequeños intervalos las coplas de una cancion acomodada á la circunstancia, y el numeroso gentío que los seguía, repetía el estribillo con acompañamiento de cencerros, calderos y sartenes.

Ricardo y su mujer tuvieron noticia de lo que ocurría, y supieron que venían derechos á saludarlos; decidieron, pues, recibirlos en toda regla, y á una broma contestar con otra. Mandaron, pues, cerrar las puertas apenas se colum-

braron las antorchas, y dispusieron toda su servidumbre en ventanas y azoteas. Llegaron los del alegre escuadron, y con el mayor orden y silencio desplegaron en ala frente al edificio. Entonces uno de los mas bromistas, con la formalidad de un antiguo heraldo, sale de las filas, se acerca á la puerta principal, y en tanto que sacudia rícos golpes con el aldabon, decia alborotando:

—Hola, bella dormida, despertaos y salid, que queremos saludaros! Hola! hola!

Esta era la señal que tenian los sitiados para hacer uso de sus armas defensivas. Sin el menor ruido ni desorden, se hallaron de repente empapados en aguas sucias el heraldo y cuantos en pos de él se habian adelantado. Las luces pusieron de manifiesto el triste estado en que quedaban sus vestidos y el olfato no pudo dudar de la procedencia del aromático líquido. Replegaronse, pues, desconcertados sobre el grueso del cuerpo de ataque para gritar de lejos, pero ni allí se vieron libres, porque una numerosa batería de jeringas y bombas de jardín les enviaban sus pestíferas rociaduras. A los proyectiles líquidos siguieron sin intermision los sólidos, y no tardaron en chafarse en el pecho y la cara de los sitiadores manzanas podridas, peras gusanadas, tronchos de berzas, huevos corrompidos y otras armas arrojadizas mas repugnantes todavía, lanzadas por manos seguras y brazos robustos; siendo tan espesa la puerca granizada, que no tardaron en declararse en vergonzosa fuga.

Reíanse los de la casa al contemplar la derrota de los que tan ufanos habian venido, los cuales, sin embargo, se reunieron á cierta distancia, y convinieron en ir á desquitarse del impensado descalabro en casa de M. Dulac.

Llegados allí, se presentaron con mayor prudencia, para evitar que se repitiese la escena anterior; pero no fué así

Y El viejo baron cometió la torpeza de enfadarse de veras, en el lugar de llevar adelante la broma, y esto equivalia á declararse vencido. Desarrollóse en toda su magnificencia el infalible concierto, y los músicos que lo daban le insultaron despues de haberle desollado los oidos.

Entraron á viva fuerza en su casa, le hicieron la higa como á un necio que no sabia sufrir una chanza, ni lo que eran las costumbres populares; le bebieron sus mejores vinos; le mantearon, y para colmo de desgracia, uno de ellos, joven y despierto, ofreció á la novia un beso, y la novia... no se atrevió á decir que no. Si Ricardo hubiera presenciado esta última escena, se hubiera encomendado á Satanás: esto fué lo que hizo M. Dulac que, habiendo mostrado talento en el mundo en la primera noche de casado, estaba hecho un necio la segunda. Arrebatado, descargó su mal humor en todos cuantos le rodeaban; en los negros, en los blancos, y hasta en la pobre Armanda. Estuvo tan bárbaro, que llegó á echar de menos á Mad. de Labédayère, y esto en alta voz! Oyó la pobrecilla novia esta blasfemia, y le miró con ojos serenos, sin proferir una palabra; pero su alma decia: ¡Ay Dios mio! ¡Porqué me habeis separado de Ricardo!

Desde aquella cencerrada, que fué para M. Dulac su efecto conyugal, volvió á ser con toda la asquerosa fealdad de la exageracion, lo que hasta entonces habia sido, á saber: enfermizo, gruñon, ingrato, egoista, cansado, viejo, asmático, sucio, sin atreverse á decir, buenos dias, por evitar un acceso de tos.

Así vivió tres años, al cabo de los cuales llegó un dia en que dejó de molestar á su muger por la sencilla razon de que se le acabó la cuerda, es decir, se murió, para bien y tranquilidad de su esposa, que le lloró decentemente.

Por su parte, Mad. de Labédayère habia tratado de lle-

var por las narices á su jóven marido y hacerle beber en bota, como *al difunto*: mas por desgracia, el tal Ricardo era tan suyo (de él, se entiende), tan tenaz, tan voluntario como guapo; y como conócía que estaba en términos propios, ya que tan caro le habia costado el adquirirlos, quiso ser el amo, y lo fué, á pesar de su muger. Por otra parte, como era buen hijo y buen hermano, hizo venir á vivir con él á toda su rústica familia. Comieron sus padres á su mesa, vistieron sus hermanas los mismos trages que la dueña de la casa; tuvieron por criados á los mismos negros, y cuando ilegó el caso de tener cada una su novio, dividió la hacienda en seis partes, dos para sus padres, otras dos para su muger y él, y las dos restantes para las dos hermanas.

Causó tal despilfarro — así le llamaba cierta persona — un acerbo dolor en la ex-señora, que cada dia se iba volviendo mas avara: era inmensa su pena al observar el gasto que se llevaba desde que ella habia tenido que soltar las riendas en el gobierno de la casa; y no pudiendo acostumbrarse á tascar el freno la que le habia hecho tascar á otros, reventó de corage una mañana, y mientras M. Ricardo le mandaba construir una magnífica tumba, se fué á reunir con *su difunto*.

Aquí se concluyé nuestra historia, porque lo que sigue cualquiera lo adivinará. Armanda y Ricardo, libres de todo vínculo, algo menos jóvenes, pero siempre hermosos y no menos enamorados que tres años antes, pudieron lograr su gusto, y entonces *sin quid pro quo*. El anillo nupcial no fué á parar á diferente mano de la que debía llevarlo, porque hubieron de una ceremonia á granel y del crepúsculo matutino, hora muy á propósito para equivocaciones, y se casaron solitos al buen medio dia. Celebróse la ceremonia al pié del altar mayor con toda la pompa imaginable, vestida la ige-

sia de gala y en medio del clamoreo de todas sus campanas. D. Baltasar era tambien el ministro, y el pobre señor temblaba pensando en la pasada equivocacion; pero esta vez no habia que temerla, pues además de las indicadas precauciones, habian mandado venir los novios una caja de anteojos de Nueva Orleans, y se ostentaba un par de ellos á caballo sobre la rubicunda nariz del celebrante.

La digna pareja, feliz y tranquila, pudo por fin disfrutar de la abundancia que por tan raros modos le habia proporcionado el cielo, y son citados en todo el pais de los Adayelos como modelos de trabajo, de constancia y de caridad, tres virtudes que forman los buenos matrimonios, y se quieren tanto, que jamás les ha ocurrido hablar de la fatal equivocacion en que estuvieron á pique de perderse entrambos.

No hace muchos años que un célebre botánico europeo, que iba viajando para estudiar la flora del pais, les pidió hospitalidad, y en uno de los ratos que les hacia compañía, despues de haberles mostrado las riquezas científicas que iba aglomerando, les hizo ver cómo contiene la hoja del sicomoro, encerrado en su petiolo, el gérmen de la hoja que se ha de desarrollar el año inmediato.

Al oír esta esplicacion, Ricardo, con los ojos llenos de lágrimas, mostró á su compañera, mas que con el gesto con el corazon, este ingenioso fenómeno, emblema de su primera y desgraciado matrimonio que contenia el primer gérmen de su tristeza y de su posterior felicidad.

Comprendió Armanda todo el apólogo que bullia en la mente de su esposo, y apoderándose del sicomoro, arrancó las hojas de años anteriores y solo conservó la del presente con su gérmen del porvenir.

Al día siguiente ya habian hecho plantar delante de la puerta de su casa dos sicomoros de la misma robustez y de

una misma edad, bajo cuya sombra continuaron amándose largos años, y bajo cuya sombra se extinguieron en tranquila ancianidad, estos Filemon y Baucis, de la villa de Adayes.

En el depósito de la iglesia se conservan todavía los anteojos, el breviario y el nombre del digno D. Baltasar Polo, despues de cuyo fallecimiento no se han hecho en aquel pais bodas que puedan decirse con verdad que estaban escritas en el cielo.



una misma obra, pero cuya escritura continuaba en los
 largos filos, y de los cuales se distinguieron en un
 gusto sencilla, estos filones y blancos, de la villa de
 Ahyos, en el distrito de la iglesia de consuevan todavia los au-
 tores; el primitivo y el nombre del filon de las tablitas
 despues de cuyo fallecimiento se se han hecho en aquel pais
 todas las tablitas de este con un solo que estaban en las
 en el cielo.

Despues de esto se ha encontrado en el distrito de
 Ahyos, en el distrito de la iglesia de consuevan todavia los au-
 tores; el primitivo y el nombre del filon de las tablitas
 despues de cuyo fallecimiento se se han hecho en aquel pais
 todas las tablitas de este con un solo que estaban en las
 en el cielo.



Despues de esto se ha encontrado en el distrito de
 Ahyos, en el distrito de la iglesia de consuevan todavia los au-
 tores; el primitivo y el nombre del filon de las tablitas
 despues de cuyo fallecimiento se se han hecho en aquel pais
 todas las tablitas de este con un solo que estaban en las
 en el cielo.





M.C.D. 2022